ND250
C6

UNA mañana de los últimos meses del año de 1860, entrábamos en la Academia de San Cárlos mi primo D. José Joaquin Pesado y yo. El Director de pintura, D. Pelegrin Clavé, que nos encontró acaso, aprovechó la ocasion de devolverme un papel que le habia yo prestado, con apuntes de fechas y citas relativas á los antiguos pintores mexicanos. Informado mi primo de lo que era, picó aquello su curiosidad, y nos propuso que con el papel en la mano visitáramos la sala donde se van poniendo los cuadros que de esos pintores adquiere la Academia. Muy de grado aceptamos la propuesta el Director y yo; y subido que hubimos á la sala, despues de dar una ojeada por mayor á los cuadros, comenzó entre los tres esta conversacion.

Pesado.

Sea en hora buena. Veo que está adelantado el pensamiento de juntar aquí una coleccion de obras de los maestros nacionales de más nombre, para que su memoria florezca, y nuestros jóvenes alumnos tengan más

005630

modelos que estudiar. Mala vergüenza era para la Academia que no se encontrase en ella recuerdo alguno de la antigua escuela mexicana, en la que por cierto no faltaron hombres de mérito. Ahora lo que importa es que esta coleccion, que empieza á reparar esa falta, no sólo se conserve, sino que se enriquezca cada dia con nuevas adquisiciones.

Couto.

Sólo enriqueciéndola y completándola, llenará el propósito que se tuvo al poner mano á su formacion, que fué presentar, por medio de una serie de cuadros, la historia del arte en México. En esta sala esa historia no se lee, sino que ella misma va pasando delante de los ojos.

Pesado.

El pensamiento lo tuve por acertado desde la primera vez que de él me hablaste; pero en cuanto á la ejecucion, creo que les faltan á vdes. algunos capítulos del principio de la historia; de manera, que la galería se parece hasta ahora á aquellos códices antiguos de que se han perdido las primeras hojas. Si no he visto mal, el cuadro más viejo que hay aquí, es de Baltasar de Echave, es decir, del primer tercio del siglo XVII. Así es que se echa ménos todo lo anterior.

Clavé.

¿No me diria el Sr. D. Joaquin á qué llama lo anterior? ¿Alude acaso á las pinturas de los mexicanos?

Pesado.

No querria tanto. Sé que esas pinturas, de grande interes para la arqueología y la historia, no lo son igualmente para el arte, que es lo que en esta casa se profesa. En ellas no hay que buscar dibujo correcto, ni ciencia del claroscuro y la perspectiva, ni sabor de belleza y de gracia. Parece que á sus autores llamó poco la atencion la figura humana que á nuestros ojos es el prototipo de lo bello; así es, que no la estudiaron, ni conocieron bien sus proporciones y actitudes, ni acertaron á expresar por los medios que ella misma ofrece, las cualidades morales y los afectos del ánimo. Además, se nota en sus autores cierta propension á observar y copiar de preferencia los objetos ménos gentiles que presenta la naturaleza, como animales de ingrata vista. Todo indica que en las razas indígenas no estaba despierto el sentido de la belleza, que es de donde procede el arte.

Couto.

El sentido de la belleza ha sido dado á pocos pueblos en la tierra. Los griegos entre los antiguos, y los italianos entre los modernos, lo han tenido en grado superior. Sin embargo, en la Grecia misma fué necesario el trascurso de siglos, y la concurrencia de mil circunstancias felices, para que se desenvolviera y afinara. En cuanto á los defectos de dibujo de las obras mexicanas, algunos son propios de la infancia del arte en todas partes; v. g.: el poner de frente los ojos á las figuras que están trazadas de medio perfil: dicen que lo mismo se observa en

los bajo-relieves asirios desenterrados últimamente de las ruinas de Nínive, en los egipcios, y aun en los de los primitivos griegos: de suerte que es esa una piedra en la que todos han tropezado al principio. Pero además de las causas generales, creo que puede señalarse otra especial, si bien comun á los mexicanos con algunos otros pueblos, la cual ha de haber influido para que no adelantaran en las artes del dibujo. Discurriendo un filósofo de nuestro siglo sobre los dos sistemas de escritura que se han usado, el jeroglífico ó simbólico que expresa inmediatamente la idea, y el fonético que copia la palabra, sostiene que cuando en la primera edad de un pueblo se introduce por malaventura el sistema simbólico, ese pueblo queda para siempre condenado á un grande atraso mental, pues la dificultad que el tal sistema tiene para aprenderse, y lo encogido y embarazoso que es luego para usarse, serán siempre causa de que ni los conocimientos adelanten mucho, ni lleguen á derramarse en la generalidad del pueblo. Cita como ejemplo á los chinos.[1] Pero lo notable y lo que hace á nuestro propósito, es que la adopcion del sistema de jeroglíficos, que ordinariamente son figuras humanas, ó de brutos, ó de objetos naturales, no sólo engrilla el entendimiento, sino que ahoga en su cuna el arte del dibujo. El que traza una figura para expresar con ella una idea, no se fija en la figura misma, sino en la idea que tiene que expresar; así es que la mano va de prisa y dibuja al ojo y sin atencion: dibuja como amanuense y no como artista. Así todo el mundo se acostumbra á ver y á trazar malas figuras, y el arte, ó no llega á nacer, ó bastardea luego.

Pesado.

No me descontenta esa doctrina. Donde se pinta para escribir, y donde es artista todo escritor, temo que no ha de haber verdaderos pintores. Y tal debió suceder á los mexicanos, puesto que no tenian otro sistema de escribir, que el de jeroglíficos y pinturas.

Couto.

Champollion el menor explica por este mismo principio la imperfeccion de las obras egipcias. El arte no tuvo allí por objeto propio la reproduccion durable de las formas hermosas de la naturaleza, sino la notacion de las ideas; de suerte que la escultura y pintura no fueron nunca sino ramos de la escritura. La imitacion del natural no debió, pues, llevarse sino hasta cierto punto: una estatua no era en realidad sino un signo, y como una letra escrita. Así es, que luego que el artista lograba sacar con verdad la parte esencial y determinativa del signo, que es la cabeza, sea reproduciendo la fisonomía del personaje cuya idea se trataba de recordar, sea imitando de un modo resuelto la del animal que era símbolo de alguna divinidad, habia llenado su objeto, y descuidaba los brazos, el torso, las piernas, que no se consideraban sino como partes accesorias. El concluirlas y acabarlas con precision, ni daria más estima al signo, ni le añadiria claridad.[2]

Pesado.

Ahora hago memoria de que en Clavijero he leido algo semejante á eso con aplicacion á los mexicanos. Si

mal no recuerdo, en el libro en que explica sus artes, dice que la historia y la pintura son dos cosas que no pueden separarse en las antigüedades mexicanas, porque no habia otros historiadores que los pintores, ni más escritos que las pinturas para conservar la memoria de los sucesos. Los dogmas y ritos religiosos, los reyes y hombres distinguidos, las peregrinaciones de las tribus, las guerras y vicisitudes que tuvieron, sus leyes, sus noticias astronómicas y cronológicas, las poblaciones, los distritos y costas, los tributos, los títulos de dominio, todo estaba representado en pinturas de formas desproporcionadas é irregulares; lo cual provenia, en su juicio, de la prisa que se daban en pintar, y de que atendiendo sólo á la fiel representacion de las cosas, es decir, de la idea ó pensamiento, descuidaban la perfeccion de la imágen, contentándose á veces con dar únicamente el contorno.[3]

Clavé.

Ya supondrán vdes. que la regularidad y belleza de la figura es lo primero para un artista, y que á sus ojos serán siempre repugnantes las pinturas deformes, aunque puedan hallarse ingeniosas explicaciones del orígen de la deformidad. Esas explicaciones dirán por qué existe, pero no la hacen desaparecer. Mas lo que ahora querria yo saber es si quedan noticias de la traza que los mexicanos se daban para pintar.

Couto.

Lo hacian sobre tejidos de filamentos de maguey ó de iztle,[a] sobre pieles adobadas, y sobre papel fuerte.

a Es la palma llamada en mexicano *icxotl*.

Este último lo fabricaban tambien de iztle y de maguey, de algodon y de algunas otras materias. Para los colores se servian de tierras minerales, palos de tinte y yerbas. Por ejemplo: el negro lo sacaban del humo de ocote,[b] el azul del añil, el purpúreo de la grana, etc. Trazaban la composicion sobre una tira larga de lienzo ó papel, que luego plegaban en partes, ó arrollaban sobre sí misma, como hacian los antiguos con sus volúmenes.[4] Una cosa se observa, casi sin excepcion, en sus dibujos, y hace honor á sus sentimientos; y es que siempre presentaban cubierto en las figuras de uno y otro sexo lo que el pudor quiere que se oculte.

Pesado.

Mas sea lo que fuere de las obras de los indios, ellas nada tienen que hacer con la pintura que hoy usamos, la cual es toda europea, y vino despues de la conquista. Si los mexicanos pintaban (y en efecto pintaron mucho), ese es un hecho suelto que precedió al orígen del arte entre nosotros; pero que no se enlaza con su historia posterior. Cuando decia yo que á la que vdes. van formando en esta sala, le falta el principio, aludia á que no veo cuadros del siglo XVI, que fué cuando entraron á la tierra los hombres y las artes de Europa. ¿Se ha logrado averiguar quién fué el primer maestro que pasó á Nueva España?

Couto.

Nuestro difunto amigo el conde de la Cortina escribió que fué un *Rodrigo de Cifuentes*, nacido en Córdoba año 1493; que en 1513 ayudaba en Sevilla á su maestro

b Especie de pino, muy conocida en el país.

Bartolomé de Mesa á pintar la sala capitular; que diez años despues, el dia 2 de Octubre, cuando se ajustaban apénas dos años de ganado México, llegó á Veracruz en compañía de algunas familias españolas, y se puso bajo los auspicios de Hernan Cortés, á quien siguió en su expedicion de Hibueras; que pintó cuadros para la iglesia que los franciscanos fundaron en Tehuantepec, para otros muchos templos, y para la casa del conquistador: que retrató á éste en 1538, á Dª Marina en Coatzacoalco, al padre Fr. Martin Valencia, al primer virey D. Antonio de Mendoza y á Alvar Núñez de Guzman. Estos dos últimos retratos dice que eran de cuerpo entero, y que los poseyó Boturini, segun una de las partidas del inventario que se formó de los objetos que le quitaron. Añade que acaso la mejor pintura de Cifuentes es una que representa el bautismo de Magiscatzin, donde están retratados éste y Dª Marina; y que ese cuadro se salvó del incendio en que perecieron muchos otros en la casa de los marqueses del Valle el año 1652, por haberlo ántes regalado Cortés á los padres de San Francisco de Tlaxcala, en cuyo convento asegura que está. Dice, por último, que el artista era disipado, y que perdia en el juego cuanto ganaba con sus pinceles.[5]

Pesado.

¿De dónde tomaria nuestro amigo tan curiosas noticias?

Couto.

Dos ocasiones se lo pregunté: la primera me señaló como fuentes el archivo de la Casa de Contratacion de Sevilla, si bien á mí me pareció cosa extraña que en

los documentos de aquella oficina se encontrasen todos los particulares que acabo de referir. La segunda, me dijo que los habia sacado de unos apuntes del erudito padre Pichardo, que un amigo suyo le habia regalado. Aun me agregó que la marca ó cifra con que firmaba sus cuadros Rodrigo de Cifuentes, era ésta: una *R*, cuyo trazo delantero inferior, muy prolongado, llevaba inscritas una *o* y una *c*, y arriba una *s*.

Clavé.

Paréceme que vd. tiene algun empacho en admitir de plano las noticias del Conde.

Couto.

Meses pasados platicaba sobre ellas con el Sr. D. Fernando Ramírez, á quien tambien dieron en rostro por su novedad, y me ofreció que las aquilataria. En efecto, en un buen artículo biográfico que luego ha escrito del padre Fr. Diego Valadés, nota que ni en los autores impresos que tenemos de aquella época, y son hartos en número, ni en la multitud de manuscritos de todas clases que en el espacio de largos años han pasado por sus manos, encontró jamas referencia ni alusion al artista sacado á luz por el Sr. Cortina: que el hecho de haber acompañado á Cortés en su jornada de las Hibueras, sufre la grave objecion de que no aparece su nombre en la menuda lista que nos da Bernal Diaz[6] del cortejo que llevaba el conquistador, y en la cual se hace mencion hasta de farsantes, juglares y otras gentes de ménos valía que un pintor de cámara: que es poco verosímil que

hubiera retratado en Coatzacoalco á Dª Marina, porque sólo se detuvieron allí seis dias, y para entónces habia ella roto sus relaciones con Cortés, habiéndose casado durante el viaje, en un pueblezuelo cerca de Orizaba, con Juan de Xaramillo, uno de los capitanes de la expedicion:[7] que no pueden haberse pintado cuadros para iglesia fundada por franciscanos en Tehuantepec, por la sencilla razon de que aquellos padres no hicieron fundacion en ese lugar entónces ni despues; y que en el inventario de los objetos secuestrados á Boturini, el cual está en su proceso, no hay la partida referente á los retratos de D. Antonio de Mendoza y Alvar Núñez de Guzman, siendo además este último persona desconocida en la historia de América.[8] Concluye con que á su juicio la biografía de Cifuentes es una ficcion. A mí solamente me detiene para creerlo así, el que siendo el Sr. Cortina hombre de honor, no puedo concebir que vendiese al público como verdad un cuento inventado de cabeza.

Clavé.

Yo he leido en el viaje del italiano Beltrami, que estuvo acá por los años de 24 y 25, que el primer pintor europeo que ilustró á México despues de la conquista, fué un tal *Arteaga*, y que tras él vino *Cristóval de Villalando;* y dice que del primero vió una Visitacion de la Vírgen en Santa Teresa la Antigua, y del segundo soberbias pinturas en San Francisco y San Agustin.[9]

Couto.

No son esas las únicas ni quizá las mayores equivocaciones del viajero piamontés. El pintor Arteaga que

conocemos en México, es Sebastian de Arteaga, de quien hay en esta sala ese excelente cuadro del Desposorio de la Vírgen, estimado por vdes. como una de nuestras mejores joyas. Pero le recuerdo, que en una imágen de Cristo crucificado, que juntos examinamos vd. y yo en la sacristía de la Colegiata de Guadalupe, hace ya algun tiempo, leimos que habia sido hecha por Sebastian de Arteaga el año de 1643.[10] No pudo, pues, ser el primer pintor europeo venido á Nueva España. Respecto del segundo, supongo que Beltrami quiso referirse á *Cristóval Villalpando*, de quien hay porcion de pinturas en la ciudad. Pero por los cuadros de la Pasion, que están en los corredores altos de San Francisco, y (entre nosotros sea dicho) nada tienen de soberbio, consta que pintaba en 1710. No es, pues, el segundo en el órden cronológico de nuestros pintores. A Beltrami debemos estar agradecidos por la estima que hizo de nuestra escuela de pintura, y porque léjos de dejarse llevar, con respecto á ella, del espíritu de murmuracion que sobre todas materias es tan comun en los viajeros que nos visitan, más bien haya pecado de largo y fácil en elogios. Pero no puede ponerse gran confianza en sus noticias, porque generalmente son inexactas.

Clavé.

Estoy notando que vd. se conforma con contradecir los orígenes del arte que se le indican, y se guarda de mostrarnos cómo cree que tuvo principio en México.

Couto.

Yo pienso que quienes trajeron acá el arte de la pintura, y empezaron á enseñarlo á los indios, fueron los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

misioneros. El documento más antiguo que conozco en el particular, es la carta del primer obispo de Tlaxcala, D. Fr. Julian Garcés, al Papa Paulo III, que debió escribirse cuando más tarde en 1537. En ella habla de las escuelas que en los conventos se habian establecido para los indios, y solian contener hasta trescientos, cuatrocientos y aun quinientos discípulos, segun la holgura de cada poblacion: y entre los ramos de enseñanza que menciona, cuenta expresamente la pintura y escultura.[11] De aquellas escuelas, la más célebre fué la que puso en México Fr. Pedro de Gante en la capilla de San José, que él mismo edificó.

Clavé.

¿Se sabe dónde estuvo esa capilla?

Couto.

Advierta vd. que aunque se le dió tal nombre, era un edificio vasto, sin puertas, de muchas naves, que luego se redujeron á cinco. Estaba en el convento de San Francisco, á la banda de Oriente del atrio actual, hácia la parte que ocupa ahora la capilla de Servitas, antiguo sitio de la casa de recreo de Moctezuma, de que hablan los conquistadores.[12] Fué en México la primera parroquia de españoles é indios; allí se les enseñaba la doctrina, y se celebraba la misa; fué tambien el primer seminario y escuela de todo linaje de artes y oficios en Nueva España. El padre Gante que la estableció y gobernó por largos años, puso allí en sendos departamentos talleres de sastres, zapateros, carpinteros y herreros.

Puso tambien escuela de pintura; y el padre Torquemada recordaba que él habia alcanzado á ver en la fragua de los herreros, y en otra sala grande algunas cajas donde estaban los vasos de los colores de los pintores; si bien al tiempo que escribia no quedaba ya rastro de aquello.[13]

Pesado.

¡En qué materia no tendrémos los mexicanos que ir á buscar la primera cuna de nuestra civilizacion en el convento de San Francisco! El historiador Gibbon decia que Francia era una monarquía creada por los obispos: en menor escala México fué realmente una sociedad formada por ellos y por los misioneros.

Clavé.

¿Pero vd. cree que el mismo padre Gante enseñaba á los indios á pintar?

Couto.

Así parecen indicarlo los términos en que se explican los escritores antiguos.[14] Y no es cosa en que pueda ponerse reparo, porque aquel insigne religioso era persona de gran disposicion para todo género de artes, hasta llegar á decir alguno de sus contemporáneos que ninguna ignoraba.[15] Observe vd. por otra parte que la enseñanza que en aquella época empezó á darse á los indios, naturalmente no tendria la extension y plenitud que tiene la que ahora se da en una Academia como ésta.